

un establecimiento insalubre, que se sublevaron contra la sola idea de un discurso, proclaman victoriosamente la muerte del régimen parlamentario y se obstinan en enterrarlo. No lejos de ellos aparecen dos periodistas que han ayudado al príncipe al principio de su carrera, que gustan de recordar sus servicios y quisieran que el amo los recordase también; el uno, vividor, egoísta, ladino bajo toscas apariencias, parece arrepentirse ya algo de su fidelidad, es el doctor Veron; el otro, vigoroso, erudito, violento, verdadero apóstol del absolutismo, amante de la batalla por la batalla, llama ya con sus paradojas temerarias la atención de sus colegas y las miradas de las tribunas, es Granier de Cassagnac. Luis Napoleón tiene otros clientes fieles dispersos por toda la sala; son los que en las antiguas asambleas no han podido adquirir fama. De todos los beneficios del 2 de diciembre, el que más les ha gustado ha sido la desgracia de los jefes parlamentarios, cuya caída consideran como una revancha de su medianía á la cual tanto tiempo hicieron sombra; y su satisfacción no tiene límites cuando leen las nuevas actas de las sesiones, que recubren de un mismo estuco descolorido la elocuencia y la vulgaridad, la ciencia y la ignorancia. En ellos pensaría Tocqueville cuando del fondo de su retiro escribió: «El régimen actual es el paraíso de los envidiosos (1).» Afortunadamente hay muchos diputados ajenos á las antiguas luchas, que han tomado al pie de la letra las declaraciones conciliadoras de Luis Napoleón y están dispuestos á realizar modestos, pero útiles trabajos. Aquí están los financieros, los economistas, los hombres de negocios, Gouin, Louvet, Lequien, que se consuelan fácilmente de la disminución de libertad, pero que no quieren entregar al azar ó al capricho ninguno de los elementos de la fortuna nacional. Más allá aparece, en fin, un grupo, bastante numeroso entonces, destinado á disminuir en los años siguientes, pero á aumentar luego hasta rebosar por todas partes; es el grupo de los *independientes*, que sin hacer la apología del régimen parlamentario alaban el régimen *representativo*, proclaman la necesidad de examinar bien los presupuestos, insinúan que las franquicias públicas, ahora reducidas, podrán ampliarse, é impiden así que la arbitrariedad prescriba contra la libertad. Así hablan y así piensan sobre todo los señores Chasseloup-Laubat, Flavigny, Mortemart, Lemercier, Ancel, Talhouët, el duque de Albufera, el marqués de Andelarre, oradores ú hombres de Estado de medias tintas, incapaces de llevar la oposición más allá de una burla cortés, promotores muy prematuros del Imperio liberal. En medio de este grupo, pero sin confundirse con él, se destaca el único personaje verdaderamente ilustre de la Asamblea. Atrae todas las miradas y es fácil de reconocer con su larga levita abrochada como la de un sacerdote, sus largos cabellos que empiezan á blanquear y que echa constantemente hacia atrás, su hermosa mirada compuesta de dulzura, de ironía y de altivez. Este personaje eminente es Montalembert. De los antiguos jefes parlamentarios es el único que se ha adherido públicamente al golpe de Estado, no por móviles interesados indignos de su grande alma, sino por un vivo sentimiento del peligro social, por temor sobre todo de que Luis Napo-

(1) Tocqueville, *Nouvelle Correspondance*, pág. 356.

león, repudiado por los católicos, los combatiere á su vez y buscarse auxiliares en otra parte. Ya empieza á pesarle su resolución. Su ojo penetrante ha sondeado los vicios del nuevo régimen. Comprende que en este Cuerpo legislativo su elocuencia, privada de la publicidad de la prensa, no se extenderá más allá de un auditorio más bien prevenido que favorable y más cortés que simpático; comprende que no se renovarán los brillantes triunfos de su juventud, que no podrá ilustrar ni combatir al gobierno, y que en esta nueva y más modesta fase de su carrera será mal apreciado ó mal sostenido por sus mejores amigos. De ahí una disposición triste é inquieta que ya se lee en su semblante y que más tarde sus discursos reflejarán hasta la injusticia ó la amargura.

El examen de los presupuestos de 1853 proporcionó al Cuerpo legislativo una ocasión, no de manifestar su hostilidad, sino de afirmar su independencia.

Después de estudiar el proyecto elaborado en el Consejo de Estado, la comisión introdujo en él muchas modificaciones. El Consejo de Estado se obstinó en mantener la integridad de su trabajo; apenas aceptó de cada diez enmiendas una. La comisión no tenía más alternativa que aceptar en masa el proyecto del Consejo de Estado ó proponer á la Cámara que desechase los capítulos que ella consideraba excesivos ó inútiles. Lo primero era apropiarse una obra tenida por defectuosa; lo segundo era entorpecer servicios públicos indispensables. La comisión acordó aceptar los presupuestos, excepción hecha de algunos puntos; pero confió á su ponente, Sr. de Chasseloup-Laubat, el encargo de traducir sus repugnancias y sentimientos.

Con mucha habilidad, Chasseloup criticó la ley de hacienda sin hacer acto de abierta oposición al gobierno. Sin embargo, aquella ligera disonancia que revelaba en los miembros más autorizados del Cuerpo legislativo la voluntad de ejercer sin restricciones ni complacencias su fiscalización financiera; aquel acto de independencia, en medio de la universal sumisión, causó gran sorpresa y hasta cierta indignación en la camarilla del príncipe. Los cortesanos denunciaron á los diputados independientes como otros tantos campeones del orleanismo y de la legitimidad. Su sorpresa fué mayor al abrirse en 22 de junio la discusión pública.

Presencióse entonces un espectáculo que se consideraba prohibido para mucho tiempo. Lo que Chasseloup había expuesto con la insinuante suavidad de un amigo, el Sr. de Kerdrel lo repitió con la claridad de un adversario que no tiene ninguna contemplación que guardar. Poco faltaba para que los debates se pareciesen á aquellas sesiones parlamentarias que, según los oficiosos, no habían de volver jamás; y se creyó que se renovaban cuando Montalembert pronunció uno de los discursos más notables de su vida. Jamás desplegó el ilustre tribuno una elocuencia más profética y elevada, ni más llena de ironía y de amargura, pues á través de las corteses atenuaciones del lenguaje se sentían todas las tristezas, todos los despechos, todas las inquietudes de un amigo desengañado. Empezó por rendir homenaje á aquel régimen constitucional que había valido al país treinta y tres años de paz, de prosperidad y de libertad. Señaló luego las precauciones excesivas tomadas contra el poder legislativo. Continuó evocando, no el espíritu

de libertad, demasiado dormido para poderlo despertar, sino el espíritu de corporación, tan susceptible como la vanidad. Y como quería apartar toda idea de hostilidad, recordó con altivez sus antiguos servicios. Dijo que defendió al gobierno de Luis Napoleón á costa de sus más caras amistades, de las mejores alianzas de su vida política; que le defendió, cuando más mérito había en hacerlo, contra la ingratitud y la injusticia de los partidos, y quisiera defenderlo ahora contra los peligros de la omnipotencia, contra las embriagueces de la victoria, contra los deslumbramientos de la dictadura, contra sus consejeros imprudentes ó aduladores, si los tenía.

Lo singular del caso es que durante el discurso de Kerdrel entró en una de las tribunas el presidente de la República, que recibió de frente los flechazos de sus dudosos amigos. El castigo no se hizo esperar. Al ir á terminar la sesión depositóse en la mesa un Mensaje del ministro de Estado protestando contra el espíritu y los procedimientos de la comisión de presupuestos. El último párrafo de esta comunicación decía: «El príncipe presidente de la República está convencido de que el Cuerpo legislativo, que ya ha dado tantas pruebas de su devoción al país, no emprenderá un camino que le conduciría á la violación de nuestro pacto fundamental.»

A pesar del mensaje ministerial, que era sobre todo una seca y dura lección de derecho constitucional, la Comisión quiso desempeñar hasta el fin su misión de concienzuda vigilante de la hacienda pública. Los fondos secretos, los créditos para los trabajos del Louvre y para las grandes reparaciones de los edificios del Estado y la creación reciente de los inspectores de policía dieron lugar á observaciones en que la crítica, aunque moderada, no abdicó ninguno de sus derechos. El 25 de junio el Cuerpo legislativo, por 75 votos contra 59, autorizó á Montalembert para imprimir el discurso que había pronunciado tres días antes. A la osadía de este discurso Montalembert añadió una nueva temeridad. En medio de la discusión del presupuesto de ingresos, levantóse á protestar contra los decretos sobre los bienes de la casa de Orleans. No era aún la ruptura entre Luis Napoleón y el gran orador católico, pero era ya la completa separación.

Votada la ley de hacienda, desapareció el interés de las sesiones; despacháronse á toda prisa algunas leyes económicas, y el 28 de junio se separó la Cámara después de haber dado inesperadas pruebas de independencia, aunque no de hostilidad.

## VII

Apresurémonos á decir que aquellos prematuros ensayos de emancipación no aparecían, á los ojos de la mayoría de las gentes, sino como importunas reminiscencias. Tardíamente entregadas á la publicidad, vergonzosamente relegadas á un rincón del periódico, reproducidas, no por medio de la estenografía que conserva la palabra viva y sensible, sino por medio de un extracto trivial, las discusiones del Cuerpo legislativo pasaban inadvertidas. Los antiguos parlamentarios desdeñaban soberanamente aquellos vanos simulacros. En cuanto á los neófitos del absolutismo, opinaban que aquello era demasiado todavía. Habíase apoderado de

los ánimos una especie de escepticismo: «Yo voy por la derecha y tú vas por la izquierda, decía con ironía melancólica el *Journal des Débats*; si diéramos la vuelta al mundo, acabaríamos por encontrarnos (1).» «*Novus rerum nascitur ordo*,» exclamó Dupín, resignado hasta la satisfacción. «Se ve que en las palabras el latín desafia á la honradez,» le contestó vivamente Falloux. El mismo Falloux no estaba tan indignado que su cólera turbase su sangre fría. «Dad buenos consejos á vuestro príncipe, decía entonces á Persigny, y puesto que asume la tarea de hacer por sí solo la felicidad del país, al menos que la haga (2).» Tanto por cansancio cuanto por temor á los nuevos rigores, los partidos habían depuesto su actitud belicosa. Entre los legitimistas algunos persistían en honrar á Luis Napoleón como se haría con un fiel intendente que prepara las cosas en ausencia del amo, y esta ilusión parecería increíble si no subsistieran testimonios escritos: la mayoría no llevaba á tal extremo su candidez, y con una mezcla de seguridad y pesadumbre volvíanse á los apacibles retiros rurales de donde habían salido: por ambición ó por pobreza muchos se habían adherido al príncipe, y otros espíaban, disimulando su impaciencia, un pretexto honroso que velase la sumisión. En el partido liberal dominaba un sentimiento casi igual, mezcla de despecho y resignación. «Voy á arreglarme un *gourbi* (choza) donde poderme acurrucar cómodamente,» escribía en aquella época uno de los generales de Africa. Replegarse en sí mismo, creándose de este modo un asilo inviolable; acantonarse en sus negocios privados, concentrarse en el egoísta y tranquilo placer del estudio, dormirse ó al menos adormecerse en la monotonía de un voluntario retiro, tal era la ordinaria preocupación. En previsión de una larga desgracia, cada cual organizaba su vida y á falta de actividad ambiciosa quería una superabundancia de paz: tal hacen los viajeros de nuestros ferrocarriles cuando, á la entrada de una larga noche, combinan su instalación para que nada turbe su somnolencia. Y no eran los liberales los únicos que así pensaban; lo mismo hacían muchos republicanos, al menos aquellos que en la última crisis habían sabido guardarse de las extremas resoluciones. Con una tristeza llena de desaliento contemplaban la muerte de la República, y resueltos á no ser cómplices, querían al menos no ser víctimas en demasía. En las masas reinaba la misma tendencia á abdicar: sin embargo, según los medios sociales, este sentimiento afectaba formas muy diversas. Los burgueses se sometían, quebrantados y tranquilos á la vez. Los obreros habían cedido también desde el primer momento, en parte por miedo y en parte por cansancio de tantas revueltas inútiles. Indecisos, desorientados por algunas de las apariencias del golpe de Estado, fluctuaban entre el recelo y la confianza, y á veces la confianza parecía dominar. Y es que la abundancia de trabajo y el aumento de los salarios prometían una prosperidad material hasta entonces desconocida; y tan seductora perspectiva apaciguaba las repugnancias. Tendía á prevalecer la teoría especiosa de que el despotismo democrático conduciría, más seguramente que la libertad, á la emancipación de los

(1) *Journal des Débats*, 1.º de enero de 1852.

(2) M. de Falloux, *Mémoires*, tomo II, pág. 146.

trabajadores. En los talleres, esta nueva teoría no carecía de defensores, abogados sinceros ó de encargo. Así pensaba en los primeros días el mismo Proudhón. «Bajo el régimen del sable, escribía este célebre socialista, empezará de veras el trabajo revolucionario (1).» En el fondo, la sumisión del burgués era forzosa, la del obrero llena de reticencias y de secretas rebeliones. Donde la obediencia era espontánea, sin reserva alguna, era en las poblaciones rurales. Los campesinos constituían el ejército civil del presidente. En medio de la universal resignación eran los únicos que parecían completamente satisfechos, ya porque el nombre de Napoleón suplía para ellos á todo lo demás, ya porque presintiesen un próximo y extraordinario acrecentamiento de bienestar y de beneficios. Sólo una cosa reprochaban al nuevo gobierno, y era que les consultase con demasiada frecuencia. En aquella época, que era aún de candidez para el sufragio universal, no acababan de comprender que después de haber votado por el príncipe tuviesen que votar todavía por los diputados, y les parecía que aclamando al vencedor del 2 de diciembre se habían entregado una vez para siempre á él.

De aquellas disposiciones íntimas nacían costumbres nuevas. La sociedad continuaba moviéndose, pero fuera de lo que la había apasionado más hasta entonces. La actividad, desviada de los negocios públicos, se ejerció, según las necesidades, los caprichos ó las aptitudes, sobre mil asuntos diversos. Los ferrocarriles, las compañías industriales, las empresas de navegación y las sociedades de crédito territorial ó mobiliario heredaron el interés que había despertado la política. A algunos les guiaba una curiosidad inteligente; pero la mayor parte no pensaban más que en especular sobre las recientes emisiones. Ya se hablaba, aunque vagamente, de las gigantescas obras que se habían de ejecutar en París y que serían para la gente lista una fuente inagotable de beneficios. También entonces empezó á hablarse de los inmensos filones auríferos de la Australia, y la imaginación pública, en busca de emociones, alimentóse durante algún tiempo con aquellos fabulosos relatos. Aquellos á quienes no tentaba la fortuna pedían á las artes y á las letras la distracción de sus largos ocios. Las sesiones de las Academias, que nunca habían sido abandonadas, volvieron á ser muy concurridas. Desdeñando un Cuerpo legislativo empequeñecido, los parlamentarios se encontraban bien en el Palacio Mazarino: aquellas solemnidades académicas con sus alusiones discretas, sus emociones reprimidas y sus aprobaciones moderadas, les representaban como una imagen suavizada de sus antiguas luchas, suficiente para reanimar sus recuerdos, pero incapaz de turbar su reposo. En enero de 1852 se celebró la primera de aquellas fiestas medio políticas, medio literarias, en las cuales el partido liberal encontró más tarde tantos atractivos. Guizot recibió á Montalembert en la Academia Francesa. La censura, con una pretensión inaudita desde 1811, se había propuesto retocar los discursos, y fué necesaria la intervención de Luis Napoleón para apaciguar aquellas exigencias: divulgóse el hecho y aumentó la curiosidad del público. En medio del silencio general, maravilló el oír las libres palabras

(1) Carta de 1.º de enero de 1852 (*Le Temps*, 12 de abril de 1870).

de aquellos dos ilustres personajes, el uno apaciguado por un largo retiro y espectador imponente de las cosas, y el otro enardecido aún por la fiebre de los negocios públicos, amigo del nuevo poder, pero amigo arrepentido ya. Estimulados por aquel acto, los parlamentarios, los hombres de los antiguos partidos, como pronto se les había de llamar, trataron de confiscar el Instituto en provecho propio y erigir allí una pequeña tribuna á falta de la grande, entonces rota.

El Palacio de Justicia tenía también sus solemnidades. Había audiencias en que las salas del tribunal se llenaban de un gentío no acostumbrado en que se co-deaban todas las eminencias de los últimos reinados. Así sucedió el día en que los príncipes de Orleans acudieron á protestar, por boca de los grandes abogados Paillet y Berryer, contra la confiscación de su patrimonio.

Sucedía también, á veces, que los antiguos servidores de las instituciones caídas, atacados por la prensa oficiosa, tenían que defender contra la malevolencia ó la calumnia el honor de su carrera. Salían entonces de su retraimiento, protestaban aunque les costaba trabajo hacer insertar su protesta, y después de haber cumplido con su dignidad, volvían á su monótona quietud.

Durante aquel descanso de la política interviniéndose el orden habitual de las preocupaciones, y lo que no era más que un entretenimiento vino á ser objeto de todas las conversaciones. Habiendo fallecido el mariscal Soult, la gente se ocupó mucho, no del ilustre militar, sino de su colección artística, y durante algunos días no se habló más que de los magníficos cuadros españoles de su colección. La plaza de la Bolsa, invadida durante el día por los especuladores, lo era de noche por una larga hilera de carrozas que se detenían delante del teatro del Vaudeville, donde se representaba entonces *La Dama de las camelias*, y aquella rehabilitación, tan brillante como temeraria, de la cortesana despertaba en unos la simpatía, en otros la cólera y en casi todos la emoción. En aquel año de 1852, una americana, la señora Beecher-Stowe, compartía con Alejandro Dumas hijo el cetro de la moda, y los infortunios del *Tío Tom* hacían derramar casi tantas lágrimas como la muerte de *Margarita Gautier*. En aquella misma época, un cura, de un espíritu más ardiente que firme, publicó, con el extraño título de *Gusano roedor*, una verdadera requisitoria contra el estudio de los autores paganos, y esta cuestión, en ciertos círculos, se discutía con tanto ardor como poco antes la política misma.

Con estar proscrita, la política no lo estaba tanto que no encontrase de tarde en tarde su puesto. Y lo encontraba, no en los periódicos, sino en los folletos ó libelos manuscritos que corrían de mano en mano, y en los chistes y cantares que circulaban de tertulia en tertulia. Hallándose abolida ó restringida toda otra libertad, subsistía la de la conversación. Y se hacía uso de ella no sólo á puerta cerrada, sino que también en los sitios públicos. Entonces la policía perseguía ó protestaba: llegó el día en que se fijó en el teatro de la Comedia Francesa un aviso para moderar la intemperancia de lenguaje de los concurrentes al salón de descanso.

Mientras tanto, en el mundo oficial, todo eran favores, fiestas y diversiones. En ninguna época se multiplicaron tanto los fuegos artificiales, las revistas y los espectácu-

os gratuitos. Habiendo sido llamados á París los alcaldes y delegados de los departamentos para la proclamación del plebiscito, se les obsequió con banquetes en las Tullerías, en la Casa de la ciudad y en todas partes. En el mes de mayo, la distribución de águilas á los regimientos fué la señal de una verdadera explosión de festejos. Las puertas de las Tullerías se abrieron para un gran baile en el cual desfilaron cerca de cinco mil personas por delante del presidente. Luego llegó el turno al ejército, que restauró la Escuela militar y ofreció con tal motivo á Luis Napoleón una fiesta cuya magnificencia se ponderó durante mucho tiempo. Ministros, altos empleados, generales, todos rivalizaban en lujo, condecoraciones y bordados; en medio de los uniformes se destacaban los albornoces blancos de los jefes árabes, que habían acudido del fondo del Africa á saludar al nuevo amo y que contemplaban, con la dignidad impasible de los orientales, aquellos esplendores extraordinarios. Los historiógrafos del futuro reinado no dejaban ignorar al público ningún detalle de aquellas suntuosidades. Admiraban «las águilas de oro con las alas desplegadas» que adornaban ciertos salones oficiales y parecían una invitación ó un presagio. Describían la bella disposición de los festines. Contaban «los maestresalas que, en número de trescientos, desempeñaban el servicio de las Tullerías con un porte correcto y severo al mismo tiempo.» Así hablaba *La Patrie*. «Se ha vuelto á poner en vigor, añadía gravemente el órgano oficioso, el ceremonial de la época imperial.» A veces, un celo irreflexivo ó las necesidades de una composición apresurada inspiraban frases extrañas que los descontentos se apresuraban á recoger y divulgar. «Se colocará, decía *El Constitucional* anunciando una de las fiestas de las Tullerías, se colocará á las bailarinas en galería delante del presidente que las contemplará desde la tribuna (1).» Para los sastres oficiales, aquella época fué una época bendita; desde el matrimonio de Napoleón con María Luisa no habían conocido otra tan próspera. La verdad es que no se había omitido nada para que el porte fuese perfecto y se pueden seguir en las columnas mismas del *Monitor* las huellas de aquellas preocupaciones. El 12 de febrero, un decreto había reglamentado el uniforme de los senadores y de los consejeros de Estado, pero no sin deficiencias, puesto que varios decretos posteriores tuvieron que precisar detalles olvidados y determinar sobre todo «los bordados de los bolsillos y de los contornos de los bolsillos.» Después de los senadores, llegó el turno á la guardia nacional montada, luego á los prefectos, á los subprefectos, á los alcaldes, á los agentes forestales y finalmente al Cuerpo legislativo. Los uniformes de los profesores parecían haber sido objeto de alguna preocupación inquieta, á juzgar por las circulares que recomendaban á los miembros de la Universidad «trajes decorosos y modales dignos.» Lo más difícil había sido el vestir á la magistratura: el 19 de febrero se había planteado la cuestión: dos meses después, el día 17 de abril, como no se pudiese llegar á un acuerdo, se había nombrado una comisión compuesta de cuatro primeros presidentes y cuatro procuradores generales para zanjar aquella grave diferencia. Tanta solicitud fué coronada por un éxito completo. En el

(1) *Le Constitutionnel*, 2 de mayo de 1852.

mes de mayo, durante las fiestas de las águilas, estaba arreglado todo, y los funcionarios así trajeados pudieron banquetear y entrar en danza. Muchos de ellos habían asistido á otras ceremonias y á otros banquetes, á los banquetes reformistas y quizá á los de 1848; y no eran los menos insolentes ni los menos serviles.

Aquellos funcionarios del nuevo régimen no sólo eran los mejor trajeados del mundo, sino que, bajo otros conceptos, eran dignos de envidia. Servían á un amo generoso al extremo de infringir los reglamentos ó olvidarlos. A raíz del 2 de diciembre hubo una serie no interrumpida de gracias y promociones. En primer lugar el ejército, como era justo, reclamá su parte. La administración civil pidió después la suya. Fueron recompensados los servicios antiguos y los nuevos; y fué tal la mezcolanza de favores, que muchas personas se veían sorprendidas por distinciones que no esperaban. Las funciones públicas no sólo eran ventajosas, sino que también eran de fácil desempeño, en presencia de masas rurales sumisas y de masas obreras medio satisfechas ó severamente reprimidas. Entonces empezó á delinearse un tipo original que volveremos á encontrar más tarde, el de los *prefectos del Segundo Imperio*, personajes activos, que con frecuencia hacían el bien, pero inclinados á sospechar de todo bien que no emanase de ellos, generalmente pródigos del caudal público y del propio, tan pronto amables hasta la jovialidad como ariscos hasta la impertinencia, teniendo por principal cuidado el manejo del sufragio universal, manejándolo bien, pero manejándolo demasiado y sacrificando á veces el porvenir al presente.

En medio de aquellas circunstancias, había que agradecerle al poder no sólo el bien real que hacía, sino que también el mal que dejaba de hacer: pues, á su antojo, hubiera podido cometer todas las faltas ó consumir todas las iniquidades. ¿Quién hubiera osado ó podido reclamar? Los periódicos, en su primera página, procuraban reanimar alguna tesis económica ó literaria y reproducían luego en caracteres espaciados los nombramientos ó las promociones del *Monitor*; en la segunda plana, los más osados se aventuraban á analizar las noticias extranjeras; la tercera plana estaba llena de gacetas; en la cuarta aparecían anuncios de retratos ó bustos de Luis Napoleón; llegaban, por último, los cuadros de la Bolsa que cada vez ocupaban mayor espacio. Esta suerte, tan precaria, de la prensa parisiense aún era envidiada por la prensa provincial. De 53 amonestaciones dadas á los periódicos desde el mes de febrero hasta el 18 de agosto de 1852, hubo 48 que alcanzaron á periodistas de provincias (2). El uno era amonestado por haber deplorado la pérdida de los anuncios judiciales ó por haber hablado mal del sufragio universal; el otro, por «haber declarado á la administración una hostilidad mal disfrazada» ó por «haberse burlado de la opinión pública.» Tal que había discutido una primera advertencia, recibía inmediatamente otra. Todas las medidas gubernamentales habían de ser objeto de igual deferencia, hasta las que sólo se relacionaban de lejos con la política. Hubo quien fué apercibido por haber censurado el reciente decreto sobre las bebidas, y quien lo fué por

(2) V. *Journal des Débats*, 24 de agosto de 1852. — V. también Laferrière, *Régime de la Presse*, págs. 299-302.

haber criticado el decreto sobre los azúcares. A los apertamientos se unían los *Comunicados*, tan numerosos que ya no se contaban. En ciertos departamentos, todas las autoridades, poseídas de estímulo, introdujeron el sistema de imponer, según el capricho del momento, sus rectificaciones ó sus reseñas; los comunicados de los jefes del tribunal, de los alcaldes, de los directores de administración, de los comisarios de policía llovían sobre los desdichados periodistas: llegó el abuso á tal extremo que varios prefectos tuvieron que moderar el ardor de sus subordinados y reivindicar para sí un privilegio que no querían compartir con nadie.

Aquella autoridad, ejercida con tan propicia fortuna, no pasaba más que un apuro, que nacía de su propia omnipotencia. En el gran silencio de un bosque ó de una campiña desierta sucede á veces que el menor ruido emociona: se presta oído y, la imaginación mediante, se cede á un involuntario estremecimiento. Nuestro país, en 1852, estaba sujeto á impresiones parecidas. En el gran silencio de la vida pública circulaban á intervalos rumores vagos, nacidos no se sabía dónde, propagados no se sabía cómo, y que provocaban repentinas y nerviosas aprensiones. Como Luis Napoleón tenía el poder de hacerlo todo, esperábase que á todo se extendería su iniciativa. Jamás se dió tanto crédito á las falsas noticias como bajo aquel régimen que tan bien presumía reprimirlas. Cuando la policía iba á la fuente de la noticia, no encontraba nada, como no fuese alguna mísera correspondencia procedente del destierro, ó alguna expresión inconsiderada de tal ó cual personaje sin crédito. Ello bastaba, sin embargo, para dar pábulo á las conversaciones, revolucionar las ter-

tulias y hasta paralizar la marcha de los negocios. Un día se anunciaba que el gobierno preparaba nuevas listas de destierro; otro día se afirmaba que la inamovilidad judicial iba á ser suprimida; en otras ocasiones circulaban rumores de guerra, tomando de pronto una consistencia singular. Además se atribuían al gobierno otros proyectos, como el de suprimir la propiedad de los oficios ministeriales, el de concentrar en sus manos los seguros y el de crear todo un sistema de impuestos suntuarios. El *Monitor* y, tras él, los periódicos oficiosos desmentían las noticias falsas; pero sólo convencían á medias á los espíritus crédulos. Los rumores no se apaciguaban sino para renacer bajo otra forma, y era menester que notas y comunicados más precisos viniesen de nuevo á tranquilizar á la opinión.

Semejante disposición podía á la larga ser peligrosa. Por el momento constituía más bien un disgusto que un peligro. A juzgar por el conjunto de las cosas, en el transcurso del año 1852, todo secundaba las ambiciones del príncipe. Sus amigos se envalentonaban con el éxito. Sus enemigos impotentes, renunciando á cerrarle el camino, se contentaban con no abrirselo. Los incidentes de la legislatura, reducidos á sus proporciones reales, no tenían nada de alarmante. Luis Napoleón podía atreverse á todo. Muchos se extrañaban de que se apresurase tan poco á llevar adelante su fortuna hasta el fin. Su habilidad consistió precisamente en causar aquellas sorpresas, pareciendo hasta ignorarlas, y en prestarse á la última transformación sin precipitarla. Iba á recoger el fruto de aquella paciencia calculada, y había llegado la hora de dar al nuevo régimen su verdadero nombre.

## LIBRO SEGUNDO

### RESTABLECIMIENTO DEL IMPERIO

- SUMARIO: I.—Triste fin de la República de 1848.—Prudencia y audacia de Luis Napoleón.—De qué medios un tanto indirectos se vale para la realización de sus propósitos.—«Es preciso acabar con esta situación.»
- II.—Viaje del príncipe presidente.—Confianza viril de Luis Napoleón.—Prudentes medidas adoptadas por sus amigos.—Bourges.—El Nivernais.—Discurso de Lyon.—El Delfinado.—El valle del Ródano.—Marsella.—El Herault.—Dispanse los últimos temores de los amigos del príncipe.—Tolosa.—Serie de ovaciones.—Frasas ingenuas ó excesivas del entusiasmo general.—Discurso de Burdeos.—Programa magnífico.—«El Imperio es la paz.»—Regreso á París.
- III.—Opinión del *Monitor*.—Convocación del Senado.—Ponencia del Sr. Troplong.—Voto del senadoconsulto, á reserva de la ratificación por el pueblo.—La opinión pública.—El gobierno, la administración, el clero.—Manifiestos revolucionarios.—Protestas del conde de Chambord.—Plebiscito.—Cómputo de votos.—Las grandes corporaciones del Estado van á Saint-Cloud y saludan al príncipe con el nombre de emperador.—Respuesta de Napoleón III.
- IV.—Inauguración del Imperio, actos de beneficencia, indultos, mercedes.—Proyecto de senadoconsulto para disminuir las atribuciones del Cuerpo legislativo.—Ligero descontento en el Senado.—Ponencia del Sr. Troplong.—Voto.—Reconocimiento del nuevo Imperio por las potencias.—Estados secundarios.—Disposiciones de Inglaterra y cómo reconoce á Napoleón III.—Austria.—Prusia y resistencias de Federico Guillermo IV.—Malhumor del zar Nicolás.—Todos los Estados de Europa se deciden á reconocer al emperador.
- V.—La familia del emperador.—El rey Jerónimo.—El príncipe Napoleón.—El país tiene gran confianza en el emperador y no tiene ninguna en los individuos de su familia.—Votos favorables al matrimonio del soberano.—Diversas negociaciones.—La señorita doña Eugenia de Montijo.—Napoleón III anuncia su matrimonio.—Impresiones varias.—Curiosidad extremada.—Ceremonias en las Tullerías y en Nuestra Señora.
- VI.—El Imperio instalado y consolidado.—Los principales servidores del reinado.—Los cargos de la corte.—Mezcla de frivolidades y de graves preocupaciones.—Estado general en la primavera de 1853.—De todos los bienes el que parece más asegurado es la paz.—De cómo los hechos habían de desmentir esta previsión.

#### I

Tan tristemente terminó la República de 1848, que, á pesar de sus faltas y de sus locuras, despierta conmiseración y casi simpatías. Murió dos veces: en 2 de diciembre recibió un golpe decisivo, pero luego, en vez de darle el de gracia, dejáronla que lentamente se extinguiera, como si sus matadores se hubiesen desdenguado de abreviar su agonía, y hasta se le tributaron algunos irónicos homenajes, más crueles que el insulto; es más, los que la habían herido todavía se disfrazaron con su nombre para preparar sus últimos designios.

Durante aquel año 1852 apenas pueden percibirse los últimos latidos de aquel pobre cuerpo que se acaba; en cambio, es fácil seguir la marcha ascendente del príncipe. Guiado por una prudente audacia, sus aspiraciones imperiales sólo por grados se muestran y es su preocupación constante detenerse á mitad del camino de sus temeridades: en los días de solemnidades públicas recibe á las grandes corporaciones del Estado en las Tullerías, en donde se deja ver rodeado de todo el esplendor de las fiestas; pero no se instala del todo en este palacio, sino que regresa con afectación al Eliseo, esa residencia menos soberbia de los poderes subordinados; hace grabar su efigie en las monedas, pero deja subsistentes en ellas el nombre y los emblemas de la República; restablece el águila en las banderas; pide á la Iglesia que ruegue por él, como en otro tiempo por los reyes, *Domine, salvum fac Ludovicum Napoleonem*; y quiere que los documentos ejecutorios de la adminis-

tración de justicia se extiendan en su nombre. Mas á poco, y como si esta conducta hubiese sido demasiado transparente, muda de consejo: «Conservemos la República que á nadie amenaza y puede tranquilizar á todo el mundo,» dice en 29 de marzo con ocasión de la apertura del Cuerpo legislativo. No, ciertamente que la República no amenazaba ya á nadie; pero los republicanos habrían sido muy cándidos si con esto se hubiesen tranquilizado. En efecto, seis días después, en la ceremonia de la instalación de la magistratura, Luis Napoleón recuerda, con calculada insistencia, la manifestación nacional «que ha proclamado el carácter hereditario del poder en su familia y le ha designado como heredero del Imperio.» Al mismo tiempo, el futuro jurisconsulto del reinado, el Sr. Troplong, con el pretexto de estudiar la transmisión del poder imperial en Roma, publica una verdadera apología del Imperio democrático (1). Pero aún hay más: llegan á París los delegados de los regimientos para recibir sus nuevas banderas, y con toda la fuerza de sus pulmones aclaman al César moderno; y las personas mejor informadas aseguran que ahora va á salir el Imperio de una de las revistas del Campo de Marte. Y sin embargo, tales seguridades no se realizan y el *Monitor* desmiente en términos casi escandalosos este rumor acreditado. De este modo avanzaba Luis Napoleón, con prudencia y casi con cautela: evidentemente caminaba hacia el Imperio; pero no sin dar mil rodeos y borrando él mismo las huellas que á su paso dejara.

(1) *Gazette des Tribunaux*, 23 de abril y 9 de mayo de 1852.